Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

San Benito de Nurcia y el origen y la instalación del monacato en Occidente

Saint Benedict of Nurcia and the origin and installation of monasticism in the West

Elena María Calderón[1]
ecalderondecuervo@gmail.com

Resumen

Se pretende demostrar, en este trabajo, que los monasterios de San Benito se abren como lugares de refugio para aquellos que, partiendo del trabajo espiritual y manual, pretenden llegar a ser hombres de Dios. Para ello, el santo propone una Regla como manera de vivir y de rezar que no siendo a primera vista un escrito extraordinario, muy pronto y casi sin haberlo previsto, construye al mismo tiempo que una casa de Dios un monumento de civilización.

Palabras clave: monacato, Benito de Nurcia, Italia siglo VI, Reglas de los monjes.

Abstract

It is intended to demonstrate, in this work, that the monasteries of St. Benedict open up as places of refuge for those who, starting from spiritual and manual work, intend to become men of God. To this end, the saint proposes a Rule as a way of living and praying which, not being at first sight an extraordinary writing, very soon and almost without having foreseen it, builds at the same time as a house of God a monument of civilization.

Keywords: monasticism, Benedict of Nurcia, VI century Italy, Rules of the monks.

[1] Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo y directora del Centro de Edición de Textos Hispanoamericanos de la FFyL de la Universidad Nacional de Cuyo (Cethi).
https://orcid.org/0000-0002-7077-5608.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

Fecha de Recepción: 07/08/2024 —Fecha de Aceptación: 05/10/2024

Deslindes preliminares

Este trabajo es una referencia precisa a la introducción del monacato cenobita en Occidente y su conformación definitiva gracias a la labor de Benito de Nurcia. Esta será la ocasión para examinar las Reglas de los Monjes y advertir, a través de este análisis, los principios rectores que son el soporte intelectual del monacato, principios que se originan en la particular y singular santidad del monje fundador.

Para entrar en tema es necesario enumerar dos causas, al menos, que actúan de manera muy eficiente en la introducción del monacato en Occidente: las peregrinaciones y el culto a las reliquias.

Las Peregrinaciones a Jerusalén

La peregrinación en sí misma, ocupa un lugar muy especial en la vida del cristiano, y esto, no solamente desde los primeros tiempos de la Iglesia, sino que marca toda la historia del Antiguo Testamento: la peregrinación hacia la tierra Prometida. La peregrinación podría definirse, entonces, como un andar anclado en las costumbres piadosas, mantenido por esa corta peregrinación consistente en ir a misa todos los domingos a la parroquia y, en determinadas festividades, a la catedral, sede de la diócesis. Así, desde los primeros tiempos, los fieles rehacían en la misma Jerusalén el Camino de la Cruz, con sus catorce estaciones, meditando en cada una la Pasión de Nuestro Salvador. O iban al desierto buscando la soledad y el auxilio de las almas dedicadas solo a Dios. Con el tiempo, esta costumbre se fue expandiendo de manera realmente vertiginosa y un número increíble de “pobres peregrinos” surcaron entonces los caminos, desgranando una etapa tras otra, para dirigirse a un santuario u otro, como Rocamadour, Saint-Gilles, el Mont Saint Michel, o lugares más antiguos como Roma, Santiago de Compostela y, sobre todo, Jerusalén.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

Esta muchedumbre que se agita está hondamente penetrada por la Biblia; los salmos le son familiares; Jerusalén, que en los más antiguos mapas figura como centro del mundo, es la ciudad predilecta a la que tienden, cuya proximidad proporciona toda alegría y hace presentir la felicidad del cielo.

En los primeros siglos de la cristiandad, y sobre todo cuando ya las persecuciones, al menos por parte del Imperio romano, han cesado y el cristianismo es ya religión oficial del estado, los maestros y las escuelas no son todavía lo que serán 200 años más tarde, pero la Biblia, aún en los textos latinos no del todo establecidos, es la obra de referencia, la base de toda cultura[2]. Por su parte, Pierre Riché ha mostrado cómo ya, desde la baja Edad Media y antes aún, el *Psalterio* es el libro de lectura por excelencia[3].Ahora bien, si para Abraham y para todo el pueblo judío, el viaje a la Tierra Prometida tenía no solo un sentido Teológico, ya que era un mandato de Dios, sino histórico: Jerusalén era la patria donde debía que nacer el Mesías, el Rey del Mundo y nacería, según Dios, de ese pueblo iniciado por Abraham y fundado y establecido por Moisés

Este hecho puede, en parte, hacernos comprender por qué las personas, nobles o villanos, jóvenes o viejos, hombres y mujeres estuvieron animados por este deseo de conocer la Ciudad Santa de la que hablaba el Libro Sagrado con tanta devoción, sin calcular, por supuesto, lo que pudiera representar semejante proyecto. Pero hay algo mucho más intenso para la vida ya cristiana que el recorrer los lugares santos, y es, precisamente:

El culto a las reliquias y a los mártires

Durante mucho tiempo se pronunció San Agustín en contra el culto a los restos de los mártires. No estaba seguro de los prodigios que se contaban realizados por restos de mártires y hasta estigmatizó el comercio de las reliquias[4]. Pero cambia de opinión a raíz del traslado de las reliquias de san Esteban a Hipona el año 425. En los sermones que pronunció entre los años 425 y 430, así como en el libro XXII de la *Civitas Dei*, Agustín explica y justifica la veneración de las reliquias, a la vez que registra cuidadosamente sus

[2] Pernoud, 1990, p. 22.
[3] Riché, 2000, p. 132 sq.
[4] *De opere monachorum*.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

milagros[5]. Estos restos de los santos, estos despojos del mundo adquieren en el misterio del Cuerpo Místico y de la Comunión de los Santos, un valor sacramental: en la medida que el mártir y el santo participan con Cristo de la Gloria del cielo, sus restos tienen, en tanto que materia sagrada, la capacidad de producir milagros. Y no solo los restos, sino el sitio donde fue martirizado o donde se los enterró, pasaron a ser terrenos sagrados. Las catacumbas, donde la Iglesia primitiva se escondía para celebrar sus ritos, fueron convirtiéndose en cementerios y lugares en los que se iban guardando todos los restos físicos y materiales que el santo-mártir podría haber dejado en este mundo. Las tumbas y las reliquias de los mártires constituyeron, así, un punto privilegiado y paradójico en que el Cielo se comunicaba con la tierra.

Este culto a las reliquias alcanza una popularidad considerable en el siglo IV. En el Imperio de Oriente, había en Siria dos tipos de iglesias: las basílicas y los *martyria* o iglesias de los mártires; estas se diferenciaban por su cúpula y tenían en el centro un altar dedicado al santo cuyas reliquias guardaban[6]. Luego las basílicas también comenzaron a guardar reliquias. Finalmente, entre los siglos IV y VI, se extiende por todos los rincones del Imperio de Occidente la misma exaltación de las reliquias. Pero aquí el culto ya está bajo el control de los obispos. San Paulino de Nola se felicita de haber construido en torno a la tumba de san Félix un complejo de edificios de tales dimensiones que los extranjeros lo tomaban por una verdadera ciudad. Como escribe San Jerónimo, al venerar a los santos, "la ciudad ha cambiado de orientación"[7].

Es necesario, ya en este punto, que las referencias a lo que se llamará a lo largo del tiempo "el Santo Viaje a Jerusalén", están marcadas por una figura femenina que sobresale entre todas: la de santa Elena, madre del emperador Constantino[8].

Las búsquedas que se iniciaron en Jerusalén por iniciativa de Santa Elena tuvieron como resultado la localización del Calvario y de la tumba de Cristo, lugar que de

[5] Una reliquia (del latín *reliquiae* 'restos') suele consistir en los restos físicos o en los efectos personales de un santo o de una persona venerada conservados con fines de culto como recuerdo tangible.
[6]La Basílica de San Pedro en el Vaticano, por ejemplo, por nombrar solo una y la más importante.
[7] *Movetur urbs sedibus suis*. Ep. 107, 1.
[8] Waugh (1950), con su particular estilo, lleno de humor y ternura, le dedicó una biografía. Sea cuales fueren los elementos legendarios con lo que se haya adornado a este personaje, no hay duda de que las basílicas constantinianas de Tierra Santa, especialmente la de Belén, se deben a la iniciativa de la madre del emperador. Y que muchas de las iglesias y centros católicos de Roma fueron levantados por su decisión.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

inmediato se llamó *Anastasis*, el lugar de la Resurrección[9]. Ciertos relicarios, como el famoso tríptico de Stavelot[10] muestran las etapas del descubrimiento, realizado bajo la dirección e indicaciones de la emperatriz Elena, de las tres cruces del Calvario: la de Cristo y la de los dos ladrones: las mayores reliquias de nuestra Fe.

Toda una literatura va surgiendo a partir de los relatos de las peregrinaciones a Jerusalén y se prolonga a lo largo del tiempo[11]. De acuerdo con esto, podemos afirmar que el primero y más antiguo relato de una peregrinación a Tierra Santa se debe a otra mujer. Ya hubo en el 333 un itinerario trazado por un peregrino de Burdeos, pero sólo se limitaba a señalar las etapas de su viaje sin dar ningún detalle. En la *Peregrinatio Silviae*, Egeria relata su viaje dando múltiples noticias de las iglesias de Oriente en ese período lejano del siglo IV, describiendo la liturgia y las ceremonias de Pascua en Jerusalén, un conjunto infinitamente rico de informaciones. Su relato nos demuestra que la peregrinación a Tierra Santa era ya algo habitual en aquella época y que se llevaba a cabo mediante formas litúrgicas bien definidas. Es preciso recordar que el territorio de Palestina cuenta entonces con numerosos cristianos, que viven junto a los judíos – y también con un cierto número de herejes y de disidentes, desde luego-. Su población no se modificará hasta la invasión árabe, a mediados del siglo VII.

El monacato: al asalto de Occidente

Si por un lado son las reliquias y el reconocimiento de los lugares santos lo que mueve a los peregrinos a ir a Jerusalén y a los otros sitios de Oriente, a su vez, el premio es la importación del monacato a Occidente.

Desde el descubrimiento del monacato en Oriente, los santos de Occidente tienen los ojos fijos sobre Egipto y la Palestina. La fama del desierto es tal que, desde lugares muy extremos, la piedad peregrinante se alborota para ir a estudiar en el lugar los célebres

[9] La rotonda de la *Anástasis* sería destruida en el 1009 por el califa Hakim, que dio expresamente orden de que fuera totalmente arrasada, de manera que su emplazamiento no pudiera ser localizado. Sin embargo, en 1054 los bizantinos fueron autorizados a reconstruirla parcialmente.
[10] Hoy en Nueva York, en la Pierpont Morgan Library.
[11] Dansette, 1977.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

apotegmas. Sobre la ruta marítima de Jerusalén, Egipto es apenas un hito más para los peregrinos. De esta manera, si por un lado siguen los pasos mismos del Salvador, por otro piden a los ascetas los secretos de la santidad perfecta.

En Belén, poco después de la peregrinación de Egeria, se funda el primer convento de mujeres: se trata, en este caso, de las grandes damas romanas que habían seguido a san Jerónimo. También esta vez todo había empezado por una peregrinación: San Jerónimo, deseoso de abandonar Roma tras la muerte, en el 384 del Papa Dámaso, de quien había sido secretario, decidió ir a los Santos Lugares. Pronto fue seguido por una de sus discípulas, llamada Paula, así como por la hija de ésta, Eustoquia. El viaje se hacía por mar, en un barco sin dudas alquilado por Paula, quien disponía de una considerable fortuna. Jerónimo contará más tarde esta peregrinación en el *Epitafio de Paula*. El viaje había comenzado como muchos otros con una estancia en Chipre, para encontrarse allí con ese santo varón llamado Epifanio; luego los peregrinos se habían reunido en Antioquía.

En el *Epitafio*, también san Jerónimo hace una descripción de las reglas de vida que se adoptaron en el primer monasterio de mujeres:

> Las numerosas vírgenes que había reunido, llegadas de distintas provincias, tanto de origen noble como de media o muy baja condición, fueron repartidas por ella en tres secciones – monasterios separados tan sólo por el trabajo y las horas de comida-, todas se reunían para los salmos y las oraciones (…) por la mañana, a la hora de tercia, a la sexta y a la nona, por la tarde y en mitad de la noche, en la orden se cantaba el salterio; ninguna de las hermanas podía ignorar los salmos ni dejar de oír cada día un pasaje de las Sagradas Escrituras[12].

En Roma, la ascesis era practicada desde hacía tiempo en las casas. Así, cuando a finales del 339, Atanasio de Alejandría, discípulo de Antonio y obispo fugitivo por su heroísmo al servicio del dogma trinitario, desembarca en Roma acompañado por dos auténticos Padres del desierto, no es del todo desconocido. La gente fiel lo acoge con alegría, sobre todo, el mundo femenino. Atanasio relata las maravillas de Egipto, aprobado por los

[12] Carrasquer, 2000, p. 145.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

testimonios de Teodoro y por el ejemplo silencioso de Ammón. Sus relatos llenan el corazón de una joven romana, Marcela, de alta cuna, que adopta la costumbre de estos profesionales del renunciamiento. Una especie de monasterio se organiza en el Aventino, antes de ser transportado a una villa de los alrededores. Se habla también de una Melania, que se convertirá en la hija fiel del monje Rufino, enemigo de San Jerónimo. En el círculo de Marcela, se muestra también a Asela, una joven que, habiendo escuchado a los monjes de Egipto, vende su cadena de oro para comprar con ese dinero el hábito marrón de las vírgenes ascetas. Asela se encierra en una inconfortable celdilla, con ayunos prolongados, comiendo solo pan con sal y reza tanto tiempo que sus rodillas delicadas se recubren de cal. Un poco más tarde, y ya organizado el convento en Palestina, Jerónimo llega a Roma y solo tendrá que ordenar el terreno ya preparado por la ascesis doméstica[13].

Y por qué las mujeres primero, nos podríamos preguntar. Porque en general, los hombres siguen el modelo eremítico del Oriente, en tanto que las mujeres, por fuerza, tenían que recluirse en casas donde pudieran estar más custodiadas y protegidas. De allí nace el cenobio y el monacato cenobita. Es cierto que, en Oriente, mientras que los monjes eremitas tenían un elemento de socialización al encontrarse una vez a la semana para orar conjuntamente, los cenobitas se juntaban para rezar conjuntamente de forma más regular. Los cenobitas también socializaban más porque los monasterios donde vivían estaban localizados a menudo en un pueblo habitado o cerca de él. Por ejemplo, la versión de la *Vida de San Pacomio* en dialecto *bohaírico* del idioma copto señala que los monjes del monasterio de Tabennisi construyeron una iglesia para los habitantes de la cercana ciudad del mismo nombre incluso "antes de que construyeran una para ellos mismos". Se suele señalar el monasterio de San Pacomio como el primero de los monasterios cenobíticos, pero el de santa Paula es, sin dudas, anterior y más organizado en la vida en común[14].

San Jerónimo va a dar consejos a sus hijas espirituales, pero interesa especialmente el que va a seguirse con tanto fervor en los monasterios de las épocas feudales:

[13] Carrasquer, 2000, p. 215.
[14] Leclercq, 1953, p. 420.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

> Lee muy frecuentemente, estudia todo lo que puedas; que te sorprenda el sueño con un libro en la mano (…) Nada es duro para los que aman y para quien desea, ningún esfuerzo es difícil (…) Ama las Sagradas Escrituras y la Sabiduría te amará. Es preciso que tu lengua sólo conozca a Cristo y que no pueda decir sino lo que es santo[15].

Este es el camino seguido durante siglos en Occidente, en los monasterios de mujeres, de suerte que no podemos asombrarnos ante la tradición de elevada cultura que se estableciera allí. Las monjas rezan, leen y estudian; sus conventos son también escuelas abiertas a los niños de los alrededores. En la misma época, Fabiola, perteneciente también a la aristocracia romana, fundaba en Roma el primer hospital y en Ostia, el primer centro de albergue para peregrinos. En Palestina, Melania la Joven, junto a su esposo Pinio, tras haber concedido de golpe la libertad a los casi 8.000 esclavos que poseían, fundaba a su vez un monasterio de mujeres y luego una casa de prostitutas arrepentidas; y, por último, a la muerte de su marido, en el 435, un monasterio para hombres.

Como se puede ver, en el desarrollo del monacato cenobítico occidental, no faltan las iniciativas de las mujeres. La Iglesia ve en ellas las hijas de María, cuyo culto, honrado ya con el título de *Theotokos* (Madre de Dios, reconocido oficialmente en el concilio de Éfeso en el 431) las ennoblece a los ojos de la Cristiandad.

San Benito, Monte-Casino y la iluminación de Occidente.

Por mucho que uno investigue sobre la vida de Benito de Nurcia, celebrado por Dante como “la piedra preciosa más grande y más brillante de la cristiandad”, es poco lo que se sabe de su vida personal. Y no poque no tuviera un biógrafo importante y muy ocupado en su vida, que fue San Gregorio el grande, quien, antes de ser papa y aún durante su papado, fue un gran difusor de la orden benedictina y de la historia del santo. Lo que si se conoce es la enorme cantidad de milagros realizados, pero poco de su vida personal. Se sabe que perteneció a una familia acomodada que lo mandó a estudiar a Roma. Allí

[15] Carrasquer, 2000, p. 152.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

realizó sus estudios de Gramática y Retórica, pero al poco tiempo, la vida disipada que había en Roma lo hizo retirarse en soledad.

El contexto histórico nos ofrece el espectáculo de una Italia bajo fuego. Desde que nace Benito (cerca del 480) "el Imperio romano de Occidente que Octavio Augusto, el primero de los emperadores, había comenzado a regir, se termina con Rómulo Augústulo, depuesto en el 476 por el bárbaro Odoacro, tomando el mando por cuenta propia bajo la ficción de servir al Imperio. En el 493, el ostrogodo Teodorico lo mata con sus propias manos y se instala en su lugar por 33 años. Se sabe que su reino, no exento de rigores, pero inteligente, aseguró en la Península un tiempo de remisión y de recuperación que, en relación con los tiempos turbulentos anteriores y siendo procurados por un bárbaro, podrían parecer extraordinarios. Benito es pues, contemporáneo de Teodorico. Conoció los años sangrantes del final de su reino y los episodios no menos sanguinarios de su sucesión. Asistió a los inicios terribles y cruentos que los mercenarios bárbaros del emperador Justiniano infligieron durante casi 20 años a Italia para reconstituir en Occidente la antigua unidad del Imperio bajo la égida de Constantinopla (535-553). Benito muere antes de haber visto el fin de la reconquista bizantina.

En la misma época, Roma, capital de los papas y no menos del Imperio, está toda ella maltrecha. Al tiempo que Teodorico trabaja para asegurar cierta prosperidad, Roma está envilecida por ocho largos años de escándalos (498-507). Una parte del clero prefiere la tolerancia del rey arriano a la protección del emperador católico, pero otra parte sirve a los intereses de Bizancio y, entre otras cosas menos apostólicas, trabaja para resolver el cisma que ya separa la Iglesia de Roma de la de Constantinopla (484-518). El papa Símaco, que no está a favor de Bizancio, tiene en frente otro papa, el antipapa Laurentio o Lorenzo, promovido por la facción bizantina. Mal llevado el problema por el papa Símaco, ya sea por disponer del dinero de los pobres como por no perder la protección de Teodorico, no aportó más que a la lasitud general: Roma, durante ese tiempo, fue la plaza de las facciones: tumultos populares, pillajes, muertes hechas a causa de esa rivalidad. Benito tendría, en ese tiempo, alrededor de 20 años. Y había pasado ya los 40, cuando el emperador Justino ordena el cierre de las iglesias arrianas de Constantinopla y prohíbe a

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

los arrianos toda función civil o militar[16]. Teodorico tomó mal la postura antiarriana de Justino y luego Justiniano en Constantinopla y envía al papa Juan I, a ir en persona a Constantinopla y obtener la retractación o al menos el cese de las persecuciones del edicto antiarriano. Este papa no tiene demasiada suerte y es enviado por el propio Teodorico, que era monoficista, a una prisión en Ravena donde muere mártir en el 526. No fue mucho más efectiva la gestión, en este sentido, del papa Vigilio con el emperador Justiniano. Éste, empapado de teología obligó un concilio para condenar definitivamente a una serie de teólogos indecisos en su postura frente al arrianismo. El emperador ordenó el destierro del papa si este no aceptaba íntegramente las decisiones conciliares por lo que, para poder regresar a Roma, tuvo que emitir, el 23 de febrero de 554, un segundo documento conocido como "*Segundo Constitutum"* en el que se plegaba totalmente a los deseos de Justiniano y del concilio. Cuando Virgilio regresaba a Roma, falleció el 7 de junio de 555 en Siracusa (Sicilia).

Los continuos cambios de postura de Virgilio respecto del monofisismo y su sumisión abyecta a los mandatos de los emperadores upusieron la total pérdida de credibilidad del pontífice por lo que a su muerte no fue enterrado en San Pedro[17].

Aunque San Gregorio en su biografía no habla de todos estos vaivenes de los papas y de la Iglesia, se puede adivinar el disgusto de San Benito por un mundo tan entristecedor y su deseo de huir hacia la soledad donde estaba seguro de encontrar a Dios.

Sin entrar en los detalles de su vida, la búsqueda a veces fallida de su retiro, sus milagros portentosos, sus fundaciones en Subiaco, Monte Casino y Terracine, lo que interesa aquí es su testamento, la *Regla de los Monjes*, escrita en Monte Casino cerca del 534.

[16] Justino I (*Iustinus*, c. 452 - 1 de agosto de 527) fue emperador bizantino desde 518 hasta su muerte en 527. Justino, quien era un militar sin los conocimientos ni la visión precisos para gobernar el Imperio bizantino, se rodeó de consejeros de confianza. El más destacado de ellos fue sin duda su sobrino, Flavio Petro Sabacio (*Flavius Petrus Sabbatius*), al que adoptó como hijo y al que dio el nombre, por el que ha pasado a la historia, como Justiniano. Aunque se dice con frecuencia que Justiniano rigió los destinos del Imperio ya en vida de su tío, como afirma el historiador Procopio de Cesarea, es probable que no fuera así, ya que sólo fue investido como sucesor meses antes de la muerte de Justino.
[17] *Cf.* Décarreaux, 1962.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

La *Regla de los Monjes* de San Benito

Por poco que uno reflexiones sobre este texto, el original, advierte que está compilado con un desinterés total por las reglas de composición. A parte de un número, 73, de grandes capítulos que hacen el cuerpo del texto, el autor escribe sin plan determinado, según las ideas que le van viniendo y, en algunos casos frecuentes, agregando texto tras texto. Nada da testimonio en las *Reglas* de su formación escolar, aun cuando sabemos que las abandonó relativamente pronto. La lengua misma es la vulgar, y a medida que se avanza en el texto, pareciera que la lengua literaria le es ajena.

Después de un tiempo, aparece y hace mucho ruido otro texto en el monasterio benedictino: la *Regla del Maestro*, según los críticos, de autor desconocido y que es muy idéntica a la *Regla de los Monjes*, atribuida por todos a san Benito. Se trata de dos textos muy similares en lo que respecta a su contenido y los estudiosos han llegado a una cierta conclusión: la *Regla de los Monjes* es de san Benito y Casiodoro († 580) sería el autor de la *Regla del Maestro*[18]. Las opiniones van y vienen, lo cierto es que ninguna de las dos difiere en lo esencial, sino más bien en la forma o el estilo, ya que es mucho más cuidada la *Regla del Maestro* que la del *Monje.*

Es evidente que san Benito se propone poner orden en eso que Delatte[19] llama "nebulosa". Benito conoce muy bien el monaquismo oriental para pensar que las instituciones del desierto pudieran ser trasplantadas sin inconvenientes a Occidente. Tenía una gran veneración por san Martín de Tours[20], pero sabía que su éxito extraordinario no lo podía sobrevivir, a falta, seguramente, de no estar codificado. Por otra parte, las intenciones de Benito son más modestas. Él no propone más que "un comienzo de vida monástica", "nada de arduo ni penoso"; o bien, como dice expresamente "una pequeña regla para principiantes". Y en efecto, lo que el santo llama instrumentos de las buenas

[18] Genestout, 1940.
[19] Delatte, 1913.
[20] Como Martín se sintió llamado a la soledad, a la oración y a la meditación, San Hilario le cedió unas tierras en el actual Ligugé. Pronto fueron a reunirse con él otros ermitaños. La comunidad (según la tradición, fue la primera comunidad monástica de Francia) se convirtió, con el tiempo, en un gran monasterio que existió hasta 1607. San Martín pasó allí diez años, dirigiendo a sus discípulos y predicando en la región, pero su regla no subsistió. Murió el 8 de noviembre del año 397.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

obras no es más que la suma de los preceptos más simples de la vida cristiana, llevados con plena conciencia a un medio donde es fácil expandirse con toda seguridad.

En el Capítulo 1 define cuatro tipos de monjes:

Cenobitas, aquellos que "en un monasterio, sirven bajo una regla y un abad".

- Anacoretas, o ermitaños, que, después de un largo entrenamiento exitoso en un monasterio, ahora se las arreglan solos, con solo Dios para su ayuda.
- Sarabaítas, que viven juntos de grupos de dos o tres, o incluso solos, sin experiencia, gobierno ni superior, y por lo tanto sin regla propiamente dicha.
- Giróvagos, que, para no tener que someterse a la vida regular de los monjes cenobitas, vagan de un monasterio a otro sin destino definido.

El Capítulo 2 describe las calificaciones necesarias de un abad, prohíbe al abad hacer distinciones entre personas en el monasterio, excepto por méritos particulares, y le advierte que será responsable de la salvación de las almas bajo su cuidado.

El Capítulo 3 ordena el llamado de los hermanos al consejo sobre todos los asuntos de importancia para la comunidad.

El Capítulo 4 enumera 73 "herramientas para el buen trabajo", "herramientas de la artesanía espiritual" para el "taller del alma" que es "el recinto del monasterio y la estabilidad en la comunidad". Estos son esencialmente los deberes de cada cristiano y son principalmente bíblicos, ya sea en letra o en espíritu.

El Capítulo 5 prescribe la obediencia pronta, sin rencor y absoluta al superior en todo lo que es lícito, la "obediencia sin vacilación" se llama primer grado o paso de humildad.

El Capítulo 6 recomienda moderación en el uso del habla, pero no impone un estricto silencio ni prohíbe la conversación rentable o necesaria.

El Capítulo 7 divide la humildad en doce grados, o escalones en la escalera que conduce al cielo: (1) Temer a Dios; (2) Subordinar la voluntad de uno a la voluntad de Dios; (3) Ser obediente al superior de uno; (4) Ser paciente en medio de las dificultades; (5) Confesar los pecados de uno; (6) Aceptar las peores tareas, y mantenerse como un "trabajador sin valor"; (7) Considerarse a sí mismo "inferior a todos"; (8) Seguir los

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

ejemplos establecidos por los superiores; (9) No hablar hasta que le hablen; (10) No reírse fácilmente; (11) Hablar simple y modestamente; y (12) Expresar la humildad interior de uno a través de la postura corporal.

Los capítulos 8 a 18 regulan el oficio divino, la obra divina a la que "no se debe preferir nada", es decir, las ocho horas canónicas: Maitines con 3 Nocturnos (3 de la mañana); Laudes (amanecer); Prima (6 de la mañana); Tercia (9 de la mañana); Sexta (mediodía, antes del almuerzo); Nona (3 de la tarde, siesta); Vísperas (6 de la tarde); Completas (después de cenar, 9 de la noche y antes de ir a dormir). Se hacen arreglos detallados para la cantidad de salmos, etc., que se recitarán en invierno y verano, los domingos, días laborables, días festivos y en otros momentos.

El Capítulo 19 enfatiza la reverencia que se le debe al Dios omnipresente.

El Capítulo 20 dirige para que la oración se haga con sincera compunción en lugar de muchas palabras. Debe prolongarse solo bajo la inspiración de la gracia divina, y en la comunidad siempre debe ser breve y terminar a la señal del superior.

El Capítulo 21 regula el nombramiento de un decano por cada diez monjes.

El Capítulo 22 regula el dormitorio. Cada monje debe tener una cama separada y dormir según su hábito, a fin de estar listo para levantarse sin demora [para las primeras vigilias]; se encenderá una luz en el dormitorio durante toda la noche.

Los capítulos 23 a 29 especifican una escala graduada de castigos por contumacia, desobediencia, orgullo y otras faltas graves: primero, amonestación privada; luego, la reprensión pública; luego la separación de los hermanos en las comidas y en otros lugares; y finalmente la excomunión (o en el caso de aquellos que no entienden lo que esto significa, el castigo corporal en su lugar).

El Capítulo 30 ordena que un hermano rebelde que ha abandonado el monasterio debe ser recibido nuevamente, si promete hacer las paces; pero si se va de nuevo, y de nuevo, después de la tercera vez, finalmente se lo excluye de todo regreso.

Los capítulos 31 y 32 ordenan el nombramiento de funcionarios para hacerse cargo de los bienes del monasterio.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

El Capítulo 33 prohíbe la posesión privada de cualquier cosa sin el permiso del abad, quien, sin embargo, está obligado a satisfacer todas las necesidades.

El Capítulo 34 prescribe una distribución justa de tales cosas.

El Capítulo 35 organiza el servicio en la cocina por todos los monjes por turno.

Los capítulos 36 y 37 abordan el cuidado de los enfermos, los viejos y los jóvenes. Deben tener ciertas dispensaciones de la estricta Regla, principalmente en materia de alimentos.

El Capítulo 38 prescribe la lectura en voz alta durante las comidas, tarea que deben cumplir aquellos que puedan hacerlo con edificación para el resto. Las señales deben usarse para lo que sea que se desee en las comidas, de modo que ninguna voz interrumpa la lectura. El lector come con los servidores después de que el resto haya terminado, pero se le permite un poco de comida de antemano para disminuir la fatiga de la lectura.

Los capítulos 39 y 40 regulan la cantidad y calidad de los alimentos. Se permiten dos comidas al día, con dos platos cocinados en cada uno. A cada monje se le permite una libra de pan y una *hemina* (probablemente un cuarto de litro) de vino. La carne de los animales de cuatro patas está prohibida, excepto a los enfermos y los débiles.

El Capítulo 41 prescribe las horas de las comidas, que varían según la época del año.

El Capítulo 42 ordena la lectura de un libro edificante por la noche y ordena un silencio estricto después de la cena.

Los capítulos 43 a 46 definen sanciones por faltas menores, como llegar tarde a la oración o las comidas.

El Capítulo 47 requiere que el abad llame a los hermanos a la "obra de Dios" (*Opus Dei*) en el coro, y que designe cantores y lectores.

El Capítulo 48 enfatiza la importancia del trabajo manual diario apropiado para la habilidad del monje. La duración del trabajo varía según la temporada, pero nunca es inferior a cinco horas al día.

El Capítulo 49 prescribe las abstinencias cuaresmales, pero recomienda una abnegación voluntaria para este tiempo de penitencia, con la supervisión del abad.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

Los capítulos 50 y 51 contienen reglas para los monjes que trabajan en el campo o viajan. Se les indica que se unan en espíritu, en la medida de lo posible, con sus hermanos en el monasterio en las horas regulares de oración.

El Capítulo 52 ordena que el oratorio se use solo con fines de devoción.

El Capítulo 53 trata de la hospitalidad. Los invitados deben ser recibidos con la debida cortesía por el abad o su adjunto; durante su estadía deben estar bajo la protección especial de un monje designado; no deben asociarse con el resto de la comunidad excepto con un permiso especial.

El Capítulo 54 prohíbe a los monjes recibir cartas o regalos sin la autorización y supervisión del abad.

El Capítulo 55 dice que la ropa debe ser apropiada y adecuada para el clima y la localidad, a discreción del abad. Debe ser tan sencilla y barata como sea compatible con la economía debida. Cada monje debe cambiarse de ropa para poder lavarse, y cuando viaja debe tener ropa de mejor calidad. La ropa vieja debe ser entregada a los pobres.

El Capítulo 56 recomienda al abad a comer con los invitados.

El Capítulo 57 exige humildad a los artesanos del monasterio, y si su trabajo está a la venta, será bastante inferior al precio comercial del momento.

El Capítulo 58 establece reglas para la admisión de nuevos miembros, lo cual no debe hacerse demasiado fácil. El postulante primero pasa un poco de tiempo como invitado o postulante; luego es admitido en el noviciado donde su vocación se prueba severamente; durante este tiempo siempre es libre de irse. Si después de doce meses de libertad condicional persevera, puede prometer ante toda la comunidad estabilizar *sua et conversacionese morum suorum et obedientia:* "estabilidad, conversión de modales y obediencia". Con este voto se une de por vida al monasterio de su profesión.

El Capítulo 59 permite la admisión de niños (12 años, o menores si son huérfanos) al monasterio bajo ciertas condiciones.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

El Capítulo 60 regula la posición de los sacerdotes que se unen a la comunidad. Deben dar ejemplo de humildad, y solo pueden ejercer sus funciones sacerdotales con el permiso del abad.

El Capítulo 61 prevé la recepción de monjes extraños como invitados y su admisión a la comunidad.

El Capítulo 62 trata de la ordenación de sacerdotes dentro de la comunidad monástica.

El Capítulo 63 establece que la precedencia en la comunidad estará determinada por la fecha de admisión, el mérito de la vida o el nombramiento del abad.

El Capítulo 64 ordena que el abad sea elegido por sus monjes, y que sea elegido por su caridad, celo y discreción.

El Capítulo 65 permite el nombramiento de un preboste, o anterior, pero advierte que debe estar completamente sujeto al abad y puede ser amonestado, depuesto o expulsado por mala conducta.

El Capítulo 66 nombra a un portero, y recomienda que cada monasterio sea autónomo y evite las relaciones con el mundo exterior.

El Capítulo 67 instruye a los monjes sobre cómo comportarse en un viaje.

El Capítulo 68 ordena que todos traten alegremente de hacer lo que se les ordena, por difícil que parezca.

El Capítulo 69 prohíbe a los monjes defenderse unos a otros.

El Capítulo 70 les prohíbe golpearse entre sí.

El Capítulo 71 alienta a los hermanos a ser obedientes no solo al abad y sus funcionarios, sino también entre ellos.

El capítulo 72 exhorta brevemente a los monjes al celo y la caridad fraterna.

El Capítulo 73 es un epílogo que declara que la Regla no se ofrece como un ideal de perfección, sino simplemente como un medio hacia la piedad, destinada principalmente a los principiantes en la vida espiritual.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

Como una reflexión frente a estas reglas, da la impresión de que Benito tiene necesidad, para llevar a cabo su monacato, no de pobres gentes disminuidas por la apatía ni parásitos deseosos de descansar y del confort, sino una raza de hombres sólidos y capaces de esperanza (*fortisssimum genus*). Su institución será una *schola dominici servitii*: escuela del servicio del Señor. La *schola* es menos una escuela que una corporación, es también una suerte de unidad militar como, por ejemplo, la guardia personal del emperador, donde el soldado que sirve voluntariamente es llamado *scholaris*. San Benito, usa a propósito estos términos militares. Si bien no tiene como programa llevar una tropa a la guerra, exige de los suyos una obediencia inmediata y absoluta.

Benito, habiendo hecho la experiencia del anacoreta, lo estima tan difícil y tan alto que lo considera excepcional, un estado final de los perfectos: Moisés, San Juan Bautista y Nuestro Señor. Él propone el cenobitismo integral, en una sola casa, codo a codo diariamente. No va a buscar, como los cenobitas egipcios, constituir grandes colectividades, sino, deseoso de conocer a todos los suyos, organizará sus vidas como una familia, en el amplio sentido latino del concepto de familia. Incorporado, el individuo no tendrá más aspiraciones que por la sociedad de la que forma parte, pero se beneficiará del aporte de todos. Lo que Benito quiso crear, fue literalmente una familia animada de un mismo ideal, nutrida por los mismos preceptos y viviendo de tal suerte que pudiera prolongar en el tiempo, su lineamiento espiritual. Para tal caso y para ser coherente, esta familia debe ser estable; no está de acuerdo, en principio, con esa piadosa agitación que lanzaba a los caminos tantos extravagantes. Él decide que un anhelo de estabilidad material mantendrá, durante su vida, al monje dentro de los muros mismos donde vive la comunidad de la cual él ha elegido ser miembro. Desea que cada monasterio adquiera su fisonomía propia, sin otro lazo con las otras casas del mismo género que la estima recíproca, la fraternidad en el ideal, la caridad y la oración. Materialmente y espiritualmente, se es autónomo como lo es de hecho, toda familia. Benito – y esto es muy importante- no tuvo jamás la idea de una Orden religiosa en el sentido moderno de la palabra, cada monasterio es independiente, no hay un superior general y el superior de todos, es el sumo Pontífice.

Cuando habla del jefe de cada monasterio, no está previsto en absoluto que sea un intelectual, o un hombre de acción, o un administrador, un consejero distinguido de la

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

política, un prelado de gran estilo, etc… sino simplemente un abate, es decir, un padre. Deberá poseer virtudes simples – y, por lo tanto, poco corrientes, pero no inhallables- de equilibrio, de prudencia, de justicia, de atención afectuosa a los suyos. Tendrá el deber de hacerse querer más que de hacerse temer (*potius amari quam timeri*). En esto no responde a la idea del *pater familias* romano e inclusive se puede afirmar, que impone una modalidad de paternidad más amable y suave, característica del cristiano. Como ya dijimos, está rodeado de un consejo y de un grupo de "oficiales" que pueden ayudarlo a cumplir su tarea.

En tanto que los orientales trataban al cuerpo como a un enemigo al que se extenúa con ayunos, vigilias, cilicios, cadenas o piedras, Benito considera que el cuerpo debe recibir un tratamiento suficientemente humano para ser a cada instante el servidor del alma. Para él, el alma no está en el cuerpo como en una prisión, sino que forma parte de una unidad donde cada uno de los elementos debe ser tratado de tal manera que el conjunto se desarrolle en armonía. Habla también del sueño y concede un buen tiempo para que sus monjes duerman bien, de tal manera que concede nueve horas de sueño[21] en las noches largas del invierno y cinco solamente en las más cortas del verano, con la siesta en esta temporada, tan común en Italia en el tiempo caliente.

De acuerdo con la forma en que la regla organiza el Oficio, resulta de este horario que el monje da diariamente alrededor de tres horas y media o cuatro al Oficio, alrededor de otras cuatro a la oración individual o a la lectura y de cinco a ocho horas al trabajo manual, según la estación. La *lectio divina* no es para Benito sinónimo de cultura intelectual en el sentido moderno de la palabra, a pesar de todo el aparato de trabajos, de lecturas y de estudio del que estaba cargada. Como todos los espirituales, Benito piensa que la lectura piadosa debe alimentar no solamente el espíritu, sino especialmente el alma entera y abrirla progresivamente al mundo misterioso de la contemplación. El método propuesto es simple: se lee, se relee, se saborea y se incorpora un texto que, del estado de noción, pasa al estado de substancia. De esta manera, en la búsqueda de Dios: *quaerere Deum*, la ignorancia puede acompañarse de una doctrina y la ausencia de letras penetrarse de sabiduría: *scienter nescius et sapienter indoctus.*

[21] No olvidemos que Maitines, con sus tres Nocturnos, se reza a las 3 de la mañana.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

La pobreza es absoluta en el sentido de que no hay propiedad privada, pero el monje debe tener para su uso dos capas o abrigos, dos túnicas, un escapulario, un delantal de trabajo, un cinturón, medias, buenos zapatos, una pluma para escribir y tablillas, una aguja y un pañuelo[22].

La comida es magra pero abundante, no comen carne de animal de cuatro patas, pero toman vino. Y marca, en este sentido, una medida, *hemina* que viene del griego, *hemina*, que significa medio y era la mitad del sextario o *hekteús* griego, pero no se sabe bien cuál era esa media, por lo cual, cada monje, hoy en día, pone la medida a su criterio.

Analizando a fondo la Regla, se ve que Benito prefiere un cierto espíritu al mecanismo ciego. Antes que el silencio absoluto, reclama el espíritu de silencio: *taciturnitas*; más que la pobreza integral, pide el espíritu de economía: *parcitas.* Tolera expresamente un mínimum de atraso al oficio de la mañana. Sabiendo que los grandes perezosos encuentran siempre buenas razones para estirar el sueño: *somnolentorum excusationes*, prescribe que los primeros Salmos del Oficio matinal sean recitados muy lentamente para permitir a los dormilones llegar al límite de la tolerancia.

Los capítulos de la Regla que tratan del castigo de las faltas hacen que la penitencia, lejos de ser como en las casas de los Celtas castigos corporales fuertes, deban ser aplicados con un espíritu de recomposición de la falta, como el diagnóstico de un médico y su remedio.

Conclusión

Para finalizar, pobres y ricos, romanos y bárbaros, recibidos bajo un pie de igualdad absoluta, se funden en la observancia de una regla única. Afinan sus almas para la oración y el estudio y descubren que el trabajo manual tiene su nobleza. A la muerte del fundador, no existen más que tres monasterios, librados, ciertamente, a la suerte de bandas de forajidos, pero son ya centros de atracción. Multiplicados por centenas, renovarán la faz del mundo. Dice el cardenal Newman, citado por Decarreaux,

[22] Causa cierta sorpresa ver cómo San Benito se esfuerza en que cada monje tenga "su" pañuelo y use el pañuelo de los otros, estimo que más por una cuestión de higiene que de propiedad. En lo que respecta al baño lo considera "necesario" en el caso de los enfermos, señal de que no eran adictos al baño y, además, era considerado una vanidad y una costumbre deshonesta.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

> San Benito encontró al mundo social y materialmente en ruinas, y su misión fue cristianizarlo y volverlo a su estado natural, no por métodos científicos, sino por los de la naturaleza, no encarnizándose ni pretendiendo hacerlo en un tiempo fijado, sino con gran calma, tan pacientemente, tan gradualmente que a menudo se ignoraba que el trabajo estuviera realizándose hasta el momento en que ya estaba terminado. Fue más una restauración que una obra de caridad, una corrección, una conversión[23].

San Benito no es solamente el patriarca de los monjes de Occidente, es, además, como bien lo dijo Pío XII, el padre de la civilización Occidental.

[23] Décarreaux, 1962, p. 222.

Universidad Gabriela Mistral | Revista chilena de estudios medievales, Núm. 26 julio-diciembre (2024): 31-51
ISSN 0719-689X

Bibliografía

Leclercq, H. (1903). Cenobitisme. En *Dictionnaire d'Archeologie chrétienne et de Liturgie.* Abbaye Saint Marie de La Pierre-qui-Vire, 12953.

https://onlinebooks.library.upenn.edu/webbin/metabook?id=dictarcheologiexn

Leclercq, H. (1903). Monaquisme. En *Dictionnaire d'Archeologie chrétienne et de Liturgie.* Abbaye Saint Marie de La Pierre-qui-Vire, 12953.

https://onlinebooks.library.upenn.edu/webbin/metabook?id=dictarcheologiexn

Pernoud, R. (1990). *La femme au temps des Croisades*. Edition Stock.

Riché, P. (2000). *Écoles et enseignement dans le haut Moyen Âge*. Picard.

Augustine. (2014). *De opere monachorum*. Corpus Christi College.

Waugh, E. (1950). *Helena*. Chapman and Hall.

Dansette, B. (1977). *Pèlerinages occidentaux en Terre Sainte aux XIVe et XVe siècles. Etude de ses aspects originaux et édition d'un récit anonyme.*

Carrasquer, P; Siria, M. & Vega, A. (2000). *Madres del desierto*. Editorial Monte Carmelo.

Saint Grégoire. (1952). *La vie et les miracles du bienhereux Père saint Benoît, texte de saint Grégoire*.Bénédictins de Paris.

Décarreaux, J. (1962) *Les moines et la civilisation en occident. Des invasions á Charlemagne*. Arthaud.

Delatte, P. (1922). *Commentaire a la Rêgle de Saint Benoît*. Plon.

Genestout, A. (1940). La *Règle du Maître* et la *Règle* de S. Benoît, *Revue d'Ascétique et de Mystique.* 21, 51-112.